

Recordar, compartir, aprender

## Cáceres

Teresa Rodríguez Fernández, 86 años

M<sup>a</sup> Jesús Teixidó Domínguez, 26 años

### PEQUEÑO GESTO, GRAN HAZAÑA

*Es probable que hasta el final de nuestra vida no sepamos cuál ha sido nuestro mayor logro. Sin lugar a dudas, creo que la ilusión de Teresa por aprender a escribir ha constituido esa gran hazaña, gran ejemplo de esfuerzo y tenacidad.*

Supongo que no hace falta ser una supermujer para tener una vida que merezca la pena ser contada. Supongo que tampoco hace falta descubrir la vacuna del SIDA, ser Marie Curie o llegar a la luna, aunque evidentemente esos acontecimientos, concedan cierto grado de interés a la trayectoria vital de uno. Debo reconocer que siempre he estado muy obcecada en conseguir algo importante, algo que perdurase... aportar mi granito de arena con una gran hazaña y, como se suele decir, escribir mi nombre en la historia. Sin duda es una aspiración un poco pretenciosa, incluso pedante; algo que con el paso del tiempo y de los años veo que es fruto del orgullo humano y de la ceguera selectiva que nos invade. Podemos reconocer esos grandes logros escritos con mayúsculas pero no aquellos anónimos, de menos repercusión pero igual importancia, aquellos que labraron las personas que nos rodean y que no pasarán a la historia; al menos a la historia de los libros. Da la sensación de que el mundo lo mueven las cuatro grandes cabezas visibles y nos cuesta reconocer la importancia de esos pequeños engranajes de la máquina que son tan o más importantes que aquello que sobresale y sin los cuales nada sería posible.

Y cuento esto porque las historias y la vida de Teresa hablan de la importancia de esos pequeños resortes, minúsculos pero necesarios, que han permitido que todos y cada uno de nosotros esté hoy aquí de alguna manera. Teresa, mi pareja en esta historia, y mi amiga ya, tuvo una vida normal, en una familia y un pequeño pueblo normales, que pasó las calamidades normales que como a muchos en esos años –quien más y quién menos- les tocó sufrir. Su madre, que enviudó muy joven, debió sacarla a ella y a sus hermanos adelante, y gracias a la posada que regentaba, les procuró una vida digna. Y así su vida transcurrió sin demasiados sobresaltos.

Sin embargo, como ocurre con frecuencia, todo cambia de la noche a la mañana: su madre muere y fin de la historia como se había desarrollado hasta entonces. ¿Qué puede hacer una chica soltera en un pueblecito de Badajoz sin haber trabajado nunca fuera de casa? Lo que comenzó como un pequeño ofrecimiento de una amiga que vivía en Madrid, al final se convirtió en un reto que asumió sin dilación: se fue a la capital a reinventarse a sí misma.

Tenemos que reconocerle el mérito, porque la época no era la de ahora. Me resulta curioso tratar de ponerme en el lugar de esta chica de taitantos años, que por primera vez sale de su pueblecito para ir a Getafe, a vivir enfrente del campo de los figuristas - más conocidos por nosotros como futbolistas- y pudiendo ir de paseo al Galerías Preciados una vez por semana.

Y es que no podemos mirar este suceso desde el año 2009: ahora todos viajamos y sabemos qué hay ahí afuera; podemos permitirnoslo y resulta muy sencillo, tanto que da la impresión de que ha perdido parte del encanto que tenía antes. Ese factor sorpresa que sobrecogía al viajero, esa visión romántica del viaje, en contadas ocasiones nos invade ahora; de hecho, podemos ir a las antípodas y conocer al detalle qué vamos a encontrar, cómo son los paisajes, las gentes... Por ello es fácilmente imaginable la cara de emoción con la que nuestra protagonista cuenta esta parte de su vida, su visión de la capital, las calles, los paseos...

Al encontrarse sola, con sus hermanos casados y sin nadie a su cargo, pensó en pasar una temporada

Recordar, compartir, aprender

con las monjas Angélicas “en el mismito centro de Madrid, frente al Corte Inglés de Princesa”, ayudándolas a cambio de su manutención. Así, lo que en principio iba a ser un periodo corto de tiempo acabaron siendo más de 20 años; reinventarse otra vez y a vivir en el convento. Allí trabajó duramente, pero también cuenta cómo se escapaba para poder vivir un poquito; al fin y al cabo quería conocer, aprender y aprehender...una pena que aquello que en Castuera tenía lejos y no podía disfrutar, en Madrid estaba cerca pero igualmente inaccesible...

En cualquier caso, no es cuestión de contar aquí todos los detalles de la vida de nuestra heroína anónima (anónima para la historia de la humanidad, pero no para nosotros). Eso ya me lo reservo. Lo que no puedo dejar de relatar es lo sorprendida que me quedé ante su capacidad de superación y esfuerzo, cuando una buena tarde -después de varios encuentros y alguna perrunilla a palo seco- me sacó con mucho orgullo un cuadernito que tenía guardado en su casa/habitación. En él conservaba sus avances en las clases que recibía diariamente, “gimnasia mental” pensé yo. Sin embargo, aquello no era simplemente un cuaderno de trabajo, se trataba de las progresiones que había hecho en el arte de leer y escribir. La vida no le había concedido hasta entonces la oportunidad y no se le cayeron los anillos al contarme lo que estaba haciendo: una nueva reinención. Lamentablemente, de niña no tuvo acceso a algo que a día de hoy nos parece imprescindible, carencia que a sus 86 años ha querido y podido remediar.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Creo que es la mayor muestra de superación y la mejor lección que la vida puede darnos a aquellos que somos un poquitín más jóvenes: nunca es tarde para aprender, para superarse, para mejorar. Me llama la atención que ahora, no sé si porque lo tenemos todo o porque lo podemos tener, por el sistema educativo, por nuestros padres o por nuestros profesores...no existe la voluntad de esfuerzo y sacrificio de tiempo atrás. Estos niños de la generación “pleiosteision”, que con 15 años se sienten incapaces, cansados, sin motivación que les empuje a trabajar, que olvidan aquello que quieren hacer con sus vidas porque requiere demasiada voluntad. Este es un mensaje para ellos, para que comprueben cómo una persona, con muchos más años y con la pequeña limitación que supone la edad, ha conseguido aquello que se ha propuesto. Y muy bien logrado, por cierto. Imagino cómo debe sentirse Teresa, a la que se le ha abierto un mundo de posibilidades como leer el periódico, la televisión, las notas del casillero...

No entiendo por qué en esta sociedad se valora tan poco a las personas mayores; en esta cultura de la velocidad, de la caducidad, del ritmo desenfrenado en la que todo el mundo corre, pero que es incapaz de parar para plantearse hacia dónde y por qué lo hace... ¿qué puede aportarnos la experiencia? Pues, evidentemente, grandes verdades: las preocupaciones, los miedos y las alegrías de la vida son las mismas para mí que lo que fueron para Teresa 60 años atrás. Solo ha cambiado un poco -quizá bastante- el contexto en el que cada una nos hemos situado y, por supuesto, la limitación de medios con los que contaba. Pero salvando ese pequeño gran detalle, ella ha vivido intensamente como yo quiero hacer, y como a ella le enseñaron sus mayores primero.

En definitiva, hay muchas historias anónimas en el tintero protagonizadas por hombres y mujeres que, lo queramos o no, nos han permitido ser lo que ahora somos y nos invitan a aprovechar las cosas buenas de la vida, ¿a qué esperamos?